

José María Arguedas y mi mamá

Pedro Granados, PhD

UNILA

Resumen:

Testimonio post-mítico, aunque no menos ficticio, sobre la reticencia o “secreto” (Doris Sommer) en torno a las vidas de mi madre, Lastenia Agüero Prado, y José María Arguedas. Migrantes andinos, ambos, y contemporáneos.

Palabras clave: José María Arguedas, Testimonio post-mítico, Post-exotismo.

A mi madre, Lastenia Agüero Prado, que nació en el distrito de Lampa (provincia de Parinacochas, Ayacucho), y aprendió quechua a escondidas de su familia... y amaba esta lengua... jamás le entusiasmó la literatura de José María. Sí, el personaje Arguedas.

En esos ratos en que trataba de encandilarla - como yo mismo lo estaba a los 17 años - con algunos pasajes de sus novelas y cuentos, los más líricos, me percaté ahora que esta clase de distanciamiento crítico era posible. Más aún, inevitable. En lo que no me seguía mi madre era en el encandilamiento; sentir que, asimismo, por cariño al hijo ella jamás atropelló. Yo la miraba como un muchacho urbano, estudiante universitario. Y ella era una migrante también de los Andes del sur del Perú y de edad semejante a la de José María. Y, sobre todo, donde aquello que yo le leía fervorosamente de los libros resultaba acaso para ella letra fría o un tanto ya muerta... cantaba y, a menudo, bailaba también de modo espontáneo con las mismas letras de los huaynos o yaravíes que, junto con su traducción al español, aparecen desperdigadas con generosidad en la obra narrativa de Arguedas.

Más, entrando en el detalle, creo que el gesto de mi madre tiene que ver con el “secreto” al que se atienen, para sobrevivir, los subalternos de todo el mundo: “Desde hace mucho tiempo, en mundos ajenos a Adorno, la gente ha sabido que su propia protección dependería de ser discreta, lacónica, ambigua o reservada con respecto a su identidad” (Sommer, 2005, p. 48); y probablemente el gesto de mi madre, en este caso concreto, resulte al menos doblemente reticente: “Para aprender a leer estos textos

reticentes habrá necesidad de percibir los re-paros. Tan inesperados como los rodeos narrativos de Flaubert, las repulsas a la familiaridad deberían producir esas brechas que Gerard Genette describe como figuras retóricas, si las reconociéramos" (Sommer, 2005, p. 36).

Es decir, en tanto ayacuchana, mi madre no tenía por qué no entender o gustar la creación literaria de Arguedas; a pesar que éste, como ya sabemos: "combinar rasgos de los dialectos cusqueño y chanka. Mayoritariamente cuzqueña es la morfología, chanka es la fonética, mientras que el léxico se mueve libremente en todo el territorio del quechua II" (Martin Lienhard, Apud David Sobrevilla, pag. 99). Más aún porque ella misma escribía poesía e incluso, como mi primera lectora, me inició en la creación literaria.

Tampoco, obvio, porque a mi madre Lastenia no le gustara o no valorara la música quechua; comulgaría plenamente, con José María Arguedas, cuando éste argumenta:

"La música quechua es un nexo del pueblo peruano con su pasado cultural y a la vez una forma de su participación en la cultura contemporánea del Perú. Puede ser sin exageración considerada como uno de aquellos rasgos que mejor nos identifican ante el mundo, sobre todo en estos últimos años en que ella ha adquirido --tras siglos de postergación-- una activa presencia en todo el país" (Arguedas, 1977, p.5).

No, pues, una ni otra cosa; sino --como ya escuetamente lo mencionamos arriba-- aquí iba de suyo gravitando el secreto.

Pero ahora, de qué clase de reticencia o secreto se trata; qué figura literaria, siguiendo a Genette, podría eventualmente describirlo. Pienso que lo que mi madre quería evitarnos era la muerte; pensar en la muerte o --en cuanto los subalternos que eran José María y Lastenia-- estar en demasía expuestos a ella. No de otra cosa hablan, a la larga, las composiciones líricas que integran los relatos del autor de *Los ríos profundos* o *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Entonces, lo que mi madre con su actitud intentaba conjurar en un joven limeño de primera generación, de un barrio popular --y enamorado del quechua aunque sea en traducción-- era literalmente la muerte. Por lo tanto, y muy por el contrario, ella leía muy bien los versos de las

canciones que fervorosos le mostrábamos; pero intentaba ahorrarnos o espantar --con su baile y su canto-- aquel "exceso afectivo" del que nos habla, por ejemplo, Fernando Rivera en un libro reciente:

el discurso de la transculturación [Rama] y el de la heterogeneidad socio-cultural [Cornejo-Polar] leen la identidad en la cultura y la literatura. Es por ello, me atrevo a decir, que no se interesaban, y no podían, leer la muerte de Arguedas: si se asumía la obra de Arguedas afirmativamente como un espacio simbólico de construcción y articulación de identidad, y si se tenía en cuenta que el suicidio de Arguedas textualizaba su muerte, entonces, no se podía leer esta muerte (Rivera, 2011,p. 60).

En consecuencia, y de modo distinto a Rama o Cornejo-Polar; es decir, no por inviabilidad teórica, sino por profundo conocimiento práctico, mi madre intentó siempre que pusiéramos nuestros ojos en la esperanza y la alegría.

Esto último, a pesar del significado utópico, otorgado por William Rowe, al llanto arguediano; de que un crítico, como Julio Ortega, entienda el sacrificio en la obra de Arguedas como comunicación o mito de futuro; o de que el mismo Fernando Rivera se anime a articular aquel "exceso afectivo" arguediano con la lógica de la reciprocidad y donación andinas (Granados 2011). Doble re-paro, pues, el de mi madre; convertida --ante nuestra insistencia-- en una traductora para nada imparcial. Soslayando, por solidaridad o complicidad con el niño Ernesto de *Los ríos profundos*, el radical e insondable dolor de José María; el mío propio. Y, por qué no, en aquella misión de educar a un hijo, la íntima y decorosa reticencia del suyo¹.

¹ A sus 7 años asesinaron a golpes su padre, Demetrio Agüero Morote, en la recepción de su cargo como sub-prefecto de Cangallo (Ayacucho). Ejemplo, esto último, del clima absolutamente intolerante y la impunidad política del Perú de los años 20; en el paso, difícil, **del pardismo al leguismo**. Lastenia salió --junto con su madre Aurora Prado-- casi a escondidas de su pueblo y abandonando sus bienes en Lampa. El deterioro económico y la orfandad en que quedaron les hizo tomar esta decisión. De los 14 a los 15 años, y antes de tomar un vapor que las trajo a la capital del país, fue profesora en una hacienda en las alturas de Incuyo. Ya en Lima, se unió con mi padre, Teodoro Granados, y tuvieron 8 hijos; de los cuales fallecieron prematuramente tres. El hablaba quechua I y, mi madre, siempre el quechua II; cuando estaban de malas, ella trataba a mi padre de "indio". Cada cinco o seis años, de modo espontáneo, cantaban juntos yaravíes en quechua; mi madre era la primera voz y mi padre la segunda. Su canto taladraba la pequeña casa en la que morábamos; dejaba rajaduras o forados desde

Devota. Cuando de niño me llevaba con ella a la iglesia de nuestro barrio pasaba yo una vergüenza sin nombre. Incluso a veces, aunque me cueste reconocerlo, me alejaba de ella justo en aquellos momentos para mí de los más bochornosos. Resulta que mi madre alcanzaba las notas más altas de los cantos de la misa con una voz que no parecía de este mundo; al menos, del de los ciudadanos y ciudadinas que se congregaban en aquel rito dominical. Muchos años después, y en uno de mis viajes al “Perú profundo”, descubriría con estupor que los campesinos en sus procesiones --en honor a la Virgen o al Cristo Crucificado-- daban de alaridos en un runa simi muy parecidos a los del castellano que --en tanto repasar el cancionero de la iglesia-- echaba mano mi madre los domingos en Lima. Es decir, de modo análogo --aunque distinto-- a la hazaña de la obra de José María Arguedas (aquello de verter al español el espíritu del quechua), con su reticencia o falta de encandilamiento hacia la obra de su “paisano” mi madre en la práctica --y de modo no menos sutil-- me estaba demostrando lo siguiente: Que era viable transvasar de otro modo las lenguas. Sin utilerías. Ni exóticas escenografías o referencias. Que yo mismo era, por más limeño o cosmopolita --y sin saber el quechua-- acaso su más demorada traducción.

Bibliografía

Arguedas, José María (1977) *Nuestra música popular y sus intérpretes*. Lima: Mosca Azul/ Horizonte.

Granados, Pedro (2011) -"Fernando Rivera: Dar la palabra". *Blog de pedro granados*.

[<http://blog.pucp.edu.pe/item/140157/fernando-rivera-dar-la-palabra>]

Rivera, Fernando (2011)- *Dar la palabra. Ética, política y poética de la escritura en Arguedas*. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert.

Sobrevilla, David (2007) -*Introducción a la filosofía de la cultura y al estudio de las culturas en el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma/ Editorial Universitaria.

Sommer, Doris (2005) -*Abrazos y rechazos. Cómo leer en clave menor*. México: FCE.

donde se distinguía, a pesar de una Lima invariablemente gris, estrellas y planetas como al alcance de la mano.